

“Dios, es Dios de los vivos, no de los muertos”

Lc 20, 27.38

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

1. LA RESURRECCIÓN, PARA EL CRISTIANO, ES LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Los siete hermanos de la primera lectura y del evangelio murieron. De ellos y de sus siete esposas se esperaba un futuro y la continuación de la vida. Como en el caso de los Macabeos, se elige a menudo el exterminio como solución de un mal: una nación elige acabar con la vecina, un grupo elimina a otro que le hace la competencia. Hacer desaparecer de la tierra, hacer desaparecer las huellas del otro para poder reinar sin ser molestados y sin resistencias, es la lógica del Maligno, su torbellino de violencia y de canalladas que destruyen la vida.

La muerte, por otra parte, daría la razón a quien intenta acaparar la vida a cualquier precio —la propia y la de los otros—, como es el caso de los saduceos. La muerte sería la garantía de la licitud de todo intento de manipulación de la vida, a fin de que ésta sea perfecta, sin arrugas, siempre bella y acolchada. La muerte tiene el poder de sofisticar la vida y desnaturalizar su verdadero sabor. El engaño de la muerte consiste en esto: en la necesidad de dejar una huella duradera de nosotros mismos. Educa para acumular, para después tener que dejarlo todo: ¿cuántos hombres siguen vivos por sus legados?

La resurrección, para el cristiano, es la resurrección de Jesús, o sea, el hecho de que Dios haya constituido “Señor y Cristo” al Crucificado, a aquel que murió de una muerte violenta, el que murió y fracasó. Es la relación con el Resucitado y con el Viviente lo que da valor a nuestra vida, es la esperanza del encuentro con él lo que nos lleva cada día a obrar bien, buscando perder la vida para encontrarla después, no mantenerla atada a nosotros. La muerte ya no es entonces dejar, sino encontrar, recibir, contemplar al autor de la vida, a aquel que nos la dio y la custodia en sus manos.

Ser “ángeles” del Resucitado, anunciadores de su Señorío sobre el mundo: ésa es nuestra vida. El, que fue despertado por el Padre la mañana del tercer día, vendrá a despertarnos del sueño de la muerte. En ese momento, ésta ya no tendrá poder alguno y todos sus encantamientos se desvanecerán porque la vida resurgirá para siempre.

ORACION

Señor Jesús, también a nosotros, como un día a tus discípulos, nos resulta difícil comprender tu anuncio de pasión-muerte-resurrección. También nosotros nos comportamos más como saduceos, buscando de todas las maneras afirmarnos en la vida, que como cristianos capaces de perder la vida por tu causa y por el Evangelio.

Tú, que has venido a darnos a conocer al Dios de la zarza, haznos testigos animosos de tu pascua y lleva a cabo en nosotros la bienaventurada esperanza de estar contigo siempre en la gloria del Reino de Dios, nuestro Padre.